

El mundo brilla de alegría

Sufrimos una implosión de la alegría. Es un verdadero hundimiento de las razones para vivir, de la felicidad en sus dimensiones más íntimas y de la conciencia como rectora de nuestros actos. De la simpleza natural de nuestras relaciones, hemos pasado a lo artificial, monótono, cansino. Estamos inaugurando la sociedad del aburrimiento como estado, como modo de vida. Es la cultura de una tristeza prolongada con cara de bostezo siempre nueva.

Pentecostés es la inauguración de la sonrisa perenne, contagiosa, transformante. Es llama que prende en medio de nuestra frialdad cuando las aguas revoltosas de nuestra mediocridad han hecho leña nuestras ilusiones. Es luminaria que va plantando hitos en medio de nuestros senderos oscuros y enneguecidos. Lengua de fuego que enciende el corazón del ser humano y va dejando su huella inscrita en nuestro propio corazón.

Un buen maestro de alta espiritualidad nos alecciona así: “La ‘Santa alegría’ que el Espíritu suscita en nosotros es muy diferente de la que se nos pasa de contrabando como tal. Es la alegría de las bienaventuranzas”. No se nos olvide que esa “alegría dichosa” es fruto del sufrimiento, de la Cruz porque brota de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. Las mejores alegrías llevan grabadas las espinas de los dolores más hondos.

San Francisco de Asís se pregunta: “¿Quiénes son los siervos de Dios sino Juglares suyos que deben levantar los corazones de la gente y entusiasmarlos con su alegría espiritual?” La fiesta de Pentecostés nos lleva a un compromiso recreado en el Espíritu: ‘Contagiar al mundo de la más sana alegría en derroche permanente de gozo, de felicidad, de paz, de armonía. San Agustín nos exige el deber de “predicar con risas (hilaritas)”. Así la vida es una fiesta.

Cochabamba 05.06.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com